

daciones de los amigos; pero esta magistratura desde las cadenas es indicio de la disciplina del alma, y del ardiente deseo de Cristo es la más grande señal. Y aquéllos son de corta duración, pero en esta magistratura nadie es el sucesor. Mira tú cuánto tiempo ha transcurrido desde él hasta ahora; y el nombre de este preso se ha vuelto más espléndido: y los cónsules todos que han sido en tiempos pasados efectivamente están en el silencio, que ni por sus nombres son del vulgo conocidos; mas el de este *preso*, el del bienaventurado Pablo, aquí en verdad mucho, y mucho en las tierras de bárbaros, entre los Escitas y los Indios, y hasta en los confines de la tierra que vayas, oirás este apelativo, a cualquier lugar que uno llegare, oirá que el nombre de Pablo está en boca de todos. Y ¿qué de admirar es que en la tierra y en el mar, si en los cielos también el nombre de Pablo es muy honrado de los Angeles, de los Arcángeles, de las Virtudes de lo alto y del rey de ellas, Dios?

Y pregúntase: ¿Pues qué tales eran aquellas cadenas, pues que tanta gloria han dado al preso? ¿No fueron de hierro fabricadas? —Sí, de hierro fueron fabricadas, pero tenían mucha gracia del Espíritu, gracia efloriente; porque por causa de Cristo había sido rodeado de ellas. ¡Oh milagro! Los servidores están presos, el Señor fue crucificado, y la predicación a diario crece; y por las obras porque se creía que estaría impedida, por las mismas se inflama; y la cruz, y los grillos, que se tenían por abominables, se han hecho signos de salvación, y aquel hierro es para nosotros más precioso que todo el oro, no por ser de su naturaleza tal, sino por este motivo y argumento.

Mas veo que nos sale de esto una pregunta al paso, y si escucháis con diligencia, diré la cuestión, y propondré la resolución. —¿Qué es finalmente lo que se pregunta? —Cierta vez, habiendo entrado este Pablo a Festo, y hablándole y disculpándose de los crímenes con que le apuraban los judíos, y diciendo cómo vio a Jesús, cómo oyó aquella venturosa voz, cómo por la ceguera llegó a la claridad, cómo cayó y se levantó, cómo entró en Damasco cautivo, encadenado sin cadenas ni grilletes, y hablando de los profetas y de la ley, y manifestando que todas estas cosas las habían ellos predicho, ganó al juez y casi le persuadió a convertirse a su religión.

4. Así son las almas de los santos: al haber caído en un peligro, no consideran cómo librarse de los peligros, sino cómo conquistar a los que los persiguen, a esto lo ordenan todo; como entonces sucedió: entró para defenderse y se retiró habiendo ganado al juez. Y esto lo

testificó el mismo juez diciendo: *Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano* (ACT. 26,28). Pues esto convendría que sucediese hoy, que el prefecto este admirara vuestra magnanimidad, sabiduría (filosofía), y perfecta tranquilidad, y de vuestro orden aprendiese la disciplina, y al marcharse así, admirara el sermón, alabase la concurrencia, y de las mismas cosas aprendiera cuán grande diferencia hay entre cristianos y gentiles.

Pero para volver a lo que decía, después que Pablo le ganó y él dijo: *Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano*, Pablo respondió así: *Pluguiera a Dios, como deseo, que no solamente faltara poco, sino que no faltara nada, para que tú y todos cuantos me oyen llegaseis a ser hoy tales, cual soy yo, salvo estas cadenas* (ACT. 26,29). —¿Qué dices, oh Pablo? Porque escribiendo a los Efesios dices: *Yo, pues, que estoy entre cadenas por el Señor, os conjuro que os portéis de una manera digna del estado a que habéis sido llamados* (EPH. 4,1). Y hablando a Timoteo: *Por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas, como malhechor* (2, TIM. 2,9). Y otra vez a Filemón: *Pablo, preso por amor de Jesucristo* (FILM. 1,1), y disputando con los Judíos dices: *Por la esperanza de Israel me veo atado con esta cadena* (ACT. 28,20). Y escribiendo a los Filipenses decías: *Y muchos de los hermanos en el Señor cobrando bríos con mis cadenas, con mayor ánimo se atreven a predicar sin miedo la palabra de Dios* (FILP. 1,14). Por todas partes llevas la cadena, en todas partes propones grillos, y te glorías con semejante negocio; pero cuando vienes a juicio has perdido la filosofía, precisamente cuando más convenía que te comportaras libremente, y dices al juez: *Pluguiera a Dios que tú llegases a ser como yo Cristiano, salvo estas cadenas* (ACT. 26,29). Es decir: si son buenas las cadenas, y tan buenas que dan también a otros ánimos para que prediquen la palabra de Dios (pues esto es lo que has dicho antes: *Muchos de los hermanos en el Señor cobrando bríos con mis cadenas con mayor ánimo se atreven a predicar sin miedo la palabra de Dios*); ¿Cómo es que delante del juez no te glorías de esto, sino que haces lo contrario? ¿O no parece ser esta una cuestión?

Pero al momento presento la solución. Porque Pablo no hacía esto ni por ansiedad, ni por timidez, sino por mucha sabiduría y espiritual providencia: y con qué propósito, yo lo diré. Hablaba a un gentil e infiel y que desconocía nuestras cosas. No quería por lo mismo introducirle por lo pesado, sino que decía: *Con los que no estaban sujetos a la ley, como si yo tampoco lo estuviese* (1, COR. 9,21); esto es lo que

aquí hacía. Si hubiese oído cadenas, dice, y tribulaciones, al punto rehusaría, no habiendo conocido el poder de las cadenas. Hágase antes fiel y guste la predicación, y entonces él mismo también acudirá a estas cadenas. He oído a mi Señor que dice: *Nadie echa un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo; de otra suerte rasga lo nuevo parte de lo viejo, y se hace mayor la rotura. Ni tampoco echan el vino nuevo en odres viejos; porque si esto se hace revienta el pellejo, y el vino se derrama, y piérdense los cueros* (Mt. 9.16-17). El alma de éste (Prefecto Festo) era vestido viejo y pellejo viejo; no está renovado por la fe, no es nuevo por la gracia del Espíritu, está débil todavía, y como terreno gusta de la vanidad mundana, quiere la gloria presente. Si desde los principios oyere al momento, que una vez Cristiano, al punto será preso, y rodeado de cadenas; confuso y avergonzado se retirará de la doctrina predicada. Por lo cual dice: *“Salvo estas cadenas, no que él rechace las cadenas, en modo alguno, sino para condescender con la debilidad de aquél, porque así y tanto las ama él mismo, como la ambiciosa mujer sus joyas.*

GLORIASE PABLO, NO DE LOS MILAGROS OBRADOS, SINO DE LAS TRIBULACIONES. —¿Por dónde lo sabemos? —*Yo al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo* (COL. 1,24). Y otra vez: *Por Cristo se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en El, sino también de padecer por su amor* (FILP. 1,29). Y otra: *Ni nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones* (ROM. 5,3). Pues si se goza y se gloria, y a esto llama don gratuito, cierto es que al hablar al juez por esta causa decía: porque teniendo además otras razones de gloriarse, señala esto mismo diciendo; *“Gustosamente me gloriaré de mis flaquezas, necesidades, contumelias, persecuciones, angustias”, para que haga morada en mí el poder de Cristo* (2, COR. 12,9); y nuevamente: *Si es preciso gloriarse en alguna cosa, me gloriaré de aquellas que son propias de mi flaqueza* (2, COR. 11,30). Y antes comparándose con otros, y manifestándonos su excelencia por comparación, dice así: *¿Son ministros de Cristo? (aunque me expongo a pasar por imprudente), diré que yo lo soy más que ellos* (2, COR. 11,23). Y al querer demostrar la ventaja, no dijo que ha resucitado muertos, arrojado demonios, limpiado leprosos, o cualquier cosa parecida; sino ¿qué? —Que ha padecido innumerables molestias; porque habiendo dicho, *Yo más*, alegó multitud de pruebas. Me he visto en muchísimos más trabajos, más en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de

muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los Judíos cuarenta azotes, menos uno. tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un día como hundido en alta mar (Cfr. 2 Cor. 11,23ss), y todo lo restante. Así se gloria siempre en las tribulaciones Pablo, y por esta causa adórnase de admirable manera, y con mucha razón. Porque esto es lo que sobre todo manifiesta el poder de Cristo, porque con estos medios vencieron los Apóstoles, con las cadenas, tribulaciones, azotes y males extremos. Pues estas dos cosas anunció Cristo: tribulación y perdón, trabajos y coronas, sudores y recompensas, suavidades y tristezas; sino que lo triste, es verdad, lo dio a la presente vida, pero la alegre difiriolo para la venidera, manifestando a la vez que El no engaña a los hombres, y estando solícito en disminuir de algún modo el peso de las calamidades. Porque quien engaña propone primero lo agradable, y luego mete lo duro. Por ejemplo: los ladrones de niños pequeños que están dedicados a esta caza no les prometen castigos, azotes ni cosas a esto parecidas, sino comidas y golosinas y otras cosas que gustan a la edad infantil, eso les alargan, con el fin de que, alagados y entregando su libertad, caigan en el lazo fatal. Otro tanto hacen los cazadores y pescadores, que ceban a lo que cazan, dándole primero el cebo acostumbrado a lo que se ha de coger y que les gusta y así esconden el lazo. Por tanto, esta es obra muy propia de los que engañan, proponer antes lo suave, que luego causa lo amargo y triste; de los que son providentes y amantes es propio todo lo contrario. Así los padres hacen lo contrario que los ladrones de niños; enviando los niños a las aulas, les proponen los pedagogos, les amenazan con castigos, les ponen temor, y habiendo pasado así la edad primera, entonces habiéndolos vestido de hombres, les entregan honores, poderes y placeres y sus riquezas.

5. Así es como lo ha hecho también Dios, no como los ladrones, sino a estilo de los padres, que tienen cuidado: presentó primero las cosas tristes y adversas, entregándonos a la actual tribulación como a pedagogos y maestros, para que por esto moderados y corregidos, después que toda tolerancia, y toda disciplina hayamos aprendido, luego llegados a edad perfecta, alcancemos la herencia del reino de los cielos; mas primero nos hace idóneos para la administración de las riquezas y después nos dará las mismas riquezas. Porque si no hubiera hecho esto, la entrega de las riquezas no hubiera sido un don, sino un castigo y pena. Así como el muchacho imprudente y pródigo que

recibe la herencia paterna, por la misma se arruina al no tener la prudencia necesaria para la administración de las riquezas; pero si es prudente, probo, templado y modesto que gasta los bienes paternos en cosas necesarias, se hace así más espléndido y más ilustre; así es también necesario suceda a nosotros. Habiendo conseguido espiritual prudencia, cuando todos hayamos llegado a ser varones perfectos, a medida de la edad, entonces nos entrega todo cuanto ha prometido; mientras que ahora nos enseña como a niños pequeños con exhortación y consolación.

Y no es éste el solo emolumento que tenemos de las pasadas tribulaciones, que otro hay y no inferior a éste. Pues el que antes vivía en delicias, esperando luego tras los placeres castigo, ni disfruta de los presentes placeres por causa de la presunción temerosa de las molestias futuras; mas el que vivía en tristeza, que después ha de gozar de suavidades, aun las presentes dificultades desprecia con la esperanza de los bienes futuros. Por tanto, no sólo por nuestra tutela, sino que también para nuestro placer y consuelo, estatuyó que las cosas primeras fuesen molestas, para que aliviados con la esperanza de las futuras, no hagamos sentimiento alguno de las presentes. Y significando esto mismo, decía Pablo: *Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria, y así no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles* (2, COR. 4,17-18). Ligera llamó la tribulación, no atendiendo a la naturaleza de los males, sino por la esperanza de los bienes futuros. Pues como el mercader no siente el trabajo de la navegación animado por la esperanza de lucros, y como el púgil animoso soporta las heridas de la cabeza mirando la corona, así en verdad nosotros también mirando al cielo y a los bienes celestes, cuantas cosas molestas sobrevengan, todas las llevaremos con valor, fortalecidos con la esperanza fundada de lo venidero.

Salgamos, pues, de aquí habiendo recogido esta sentencia, pues aunque sea sencilla y corta, contiene mucha enseñanza filosófica. El que está dolorido y atribulado hallará conveniente consolación; el que en placeres y diversiones, tendrá una grande exhortación para moderarse. Pues cuando te sientes a la mesa, y recuerdes esta sentencia, al momento te alejarás de la embriaguez y la crápula, aprendiendo de esta sentencia, que es conveniente que estemos temerosos, y dirás en tu interior: Pablo en cadenas y cárceles, y yo en embriaguez y banquetes: ¿Qué venia alcanzaré?

También esto es oportuno dicho a las mujeres. Porque las ambiciosas y suntuosas y que se adornan con oro por todas partes, acordándose de esta cadena, aborrecerán, creo yo, y abominarán de aquel adorno, y se refugiarán a estas cadenas. Porque son aquellos adornos causa de muchos males y provocaron muchas desavenencias dentro de casa y dieron por resultado venganzas, envidias y odio como hijos; cuando éstas soltaron los pecados del mundo, y horrorizaron a los demonios y ahuyentaron al diablo. Mientras que con ellas vivía en la cárcel persuadió al alcaide, con éstas atrajo a Agripa, con éstas Pablo adquirió muchos discípulos; por esto decía: *Por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas, como malhechor; si bien la palabra de Dios no está encadenada* (2, Tm. 2,9). Porque como no es posible atar un rayo de sol, ni tampoco cerrarlo en la casa, así tampoco la palabra de la predicación. Y lo que es mucho más: el doctor estaba preso, y la palabra volaba: él habitaba una cárcel; y la doctrina alada corría por diversas partes en el orbe de la tierra.

6. MORAL EXHORTACIÓN A LA ENMIENDA. Sabiendo, pues, estas cosas, no sucumbamos en las cosas adversas, sino más bien hagámonos entonces más fuertes y más poderosos: “La tribulación ejercita la paciencia (Rom. 5,3). No nos dolamos en las calamidades que se nos proporcionan, sino en todas demos gracias a Dios.

Hemos terminado la segunda semana del ayuno, pero no consideremos esto: pues esto no es haber cumplido el ayuno, si hemos pasado el tiempo, sino si lo hemos pasado con obras buenas. Recapacitemos en nosotros si nos hemos hecho más diligentes, si hemos corregido alguno de nuestros defectos, si estamos limpios de crímenes. Es costumbre de todos durante la cuaresma el preguntar a cada uno cuántas semanas de la cuaresma haya ayunado; y puede oírse a los que dicen, unos pues que dos, otros que tres, y otros que todas las semanas han ayunado. Y ¿qué ganancia tenemos de haber pasado el ayuno, si carecemos de obras buenas? Si otro dice: he ayunado toda la cuaresma, responde tú: yo tenía un enemigo, y estoy reconciliado; tenía costumbre de murmurar, y he desistido; estaba sujeto con el hábito de jurar, y la ímproba costumbre está enmendada. Ninguna utilidad tienen los mercaderes si recorren grande distancia marina, pero sí cuando han navegado con grande acopio de mercancías y con mucha ventaja: nosotros ninguna utilidad tenemos del ayuno, si pasamos el tiempo sin fruto y temerariamente. Si ayunamos de manjares, pasados cuarenta días termina el ayuno; mas si nos abstenemos de pecados, ya

pasado el ayuno, aquello queda, y tenemos esta utilidad continua, y antes del reino de los cielos nos dará aquí no pequeñas retribuciones. Pues así como quien vive en maldad es castigado antes del infierno, estimulado (punzado) por la conciencia; así el que abunda en merecimientos también disfruta de alegría grande antes del reino, apacentándose en la buena esperanza.

Por esto dice Cristo: *Yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo* (Jn. 16,22). Sentencia corta, pero encierra mucha consolación. —Pues, ¿qué quiere decir *Nadie os quitará vuestro gozo*? —Si tienes dinero, muchos pueden quitarte el gozo tuyo de las riquezas: ora el ladrón que perfora la pared, ora el siervo que roba lo encomendado, ora el Emperador que impone tributos del fisco, ora un hombre envidioso que te calumnia. Si tienes potestad, muchos pueden quitar tu gozo de ella. Pues en habiendo acabado el mando, acabará también el placer; aun más, durante el mando, muchas cosas que suceden, que tienen dificultades y preocupaciones, disminuyen tu alegría. Si tienes robusted de cuerpo, una enfermedad que sobreviene disuelve la alegría de aquéllos nacida: si tienes hermosura y bella forma, la senectud que viene la destruyó y se llevó el gozo; si disfrutas en un banquete, al caer de la tarde se ha disipado la alegría del convite. Cualquiera de las cosas del mundo puede fácilmente viciarse, y no nos proporciona un estable placer; mas la piedad y la virtud del alma, al contrario.

Así: si dieres limosna, nadie puede quitar el mérito, aunque ejércitos, y reyes, e infinitos calumniadores y emboscados insten por todas partes, no pueden quitar la riqueza puesta en los cielos, y así el gozo permanece perenne. Pues dice: *Derramó a manos llenas sus bienes entre los pobres: su justicia permanece eternamente* (Ps. 111-9). Y no sin razón: porque están puestas en las arcas de los cielos, en donde el ladrón no los desentierra y roba, ni la polilla los consume (Mt. 6,20). Si hicieres preces continuas y atentas, nadie podrá quitar el fruto de ellas: pues este fruto está arraigado en el cielo, libre de toda calumnia y permaneciendo inatacable. Si hicieres bien por mal, si pacientemente sufrieres las heridas de las maldiciones, si ultrajado bendijeres; estos merecimientos permanecen para siempre, y nadie quitará la alegría de esto nacida, antes siempre que de los mismos te acuerdes, te gozas y alegras y disfrutas de un gran placer. Así también si nos empeñamos en huir de jurar, y cuidamos de imponer a nuestra lengua el abstenerse de esta perniciosa costumbre, el trabajo del mérito se

acabará pronto en poco tiempo, y la alegría de lo merecido constantemente y sin cesar durará.

Además, vosotros tenéis que ser maestros y guías de los otros: los amigos deben recibir, formar e inducir a los amigos, los compañeros de servicio, a los compañeros, y los jóvenes, a los de su edad.

¿No es verdad que si se te hubiese prometido un escudo de oro por cada hombre que hubieses corregido hubieras puesto todo empeño y hubieras estado asiduo en persuadir y exhortar? Pues ahora no uno, ni diez, ni veinte, o ciento, o mil escudos de oro, ni toda la tierra te promete Dios en recompensa de estos trabajos, sino lo que es mayor que el orbe entero, esto te da, el reino de los cielos.

Y no esto sólo, sino además otra cosa. Y ¿qué es? *Si sabes separar lo precioso de lo vil, tú serás como otra boca mía* (JER. 15,19), dice. —¿Qué puede ser igual a esto en razón de honor y seguridad? —Y ¿qué excusa y perdón puede haber para nosotros, descuidando la salvación de los prójimos después de tan grande promesa?

Porque si tú ves que un ciego va a caer en un precipicio, le das la mano, y tienes por cosa indigna no atender al que está en peligro de perecer; y viendo a diario que todos los hermanos se precipitan en la ímproba costumbre de los juramentos, ni una palabra te atreves a proferir.

Mas lo hiciste una vez, y no te oyó. Por lo tanto, repite dos, tres y tantas veces cuantas precisas hasta que le hayas persuadido. Cada día Dios nos habla a nosotros, y no le oímos; pero no desiste de hablar: imita tú esta solicitud para con el prójimo. Por esta causa estamos reunidos entre nosotros, y habitamos las ciudades, y nos congregamos en las iglesias, para que el uno comporte las cargas del otro, para que el uno corrija los pecados del otro. Y así como muchos hombres, que habitan la misma oficina, todos ciertamente trabajan de diferente modo, pero todo el trabajo lo ponen en común: nosotros también hagamos otro tanto. Cuantos beneficios puede cada uno hacer al prójimo, que no emperece, ni lo difiera, sino que se haga alguna negociación y una espiritual colecta, para que poniendo en común todas las cosas, y habiendo conseguido muchas riquezas, y habiendo acopiado un grande tesoro, todos juntos alcancemos el reino de los cielos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea dada gloria al Padre a la vez que al Espíritu Santo ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVII.

1. Alegre acción de gracias por la resolución favorable del asunto de la sedición.—Demos gracias por todo.—Debemos ser cautos en la tranquilidad.—Perseverancia en las virtudes.—Los monjes bajan de los montes a Antioquía para impetrar perdón para la ciudad.—Ejemplos admirables de caridad y fortaleza de los monjes.—Palabras de Macedonio monje.

2. Madre admirable de un reo.—Los monjes hicieron más que esta madre.—Todos los filósofos abandonaron la ciudad en la calamidad.—Los ricos y poderosos huyen acobardados, los pobres del yermo se presentan con valor de leones.—Rápida resolución obtenida.—Valentía de los monjes delante de los jueces.—Prudentes palabras.—Salida de los Jueces llevando los memoriales.—Fama recuperada.—Diferencia entre la doctrina moral de los filósofos y de los monjes cristianos.—Grandeza de ánimo de los sacerdotes.

3. Penas infligidas por el Emperador a los Antioquenos.—La dignidad de Metrópoli trasladada a Laodicea.—Las disposiciones dadas no son para contristar, son de agradecer.—Baños.—dignidad de metrópoli.—La verdadera dignidad de Antioquía.—Aquí los discípulos empezaron a llamarse Cristianos.—Socorrieron a los fieles de Jerusalén.—No admitieron las prácticas de los judaizantes.—La virtud es la honra de los ciudadanos y de la ciudad.—El templo de Jerusalén.—Sodoma y ciudades vecinas.—Abraham.

4. No es la grandeza, sino la virtud, lo que adorna las ciudades.—Así Antioquía está más virtuosa después de lo pasado.—En el ánimo está la hermosura y fortaleza de la persona.—Compadezcamos y roguemos por los que están en penas.—La compasión caritativa agrada a Dios.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Después del miércoles de la IV semana de Cuaresma parece que pronunció el Santo esta homilía.

2.^a Comisionados del Emperador llegaron a Antioquía Helebico⁵ y Cesáreo, hombres probos, Magistrados de alta jerarquía, con fama de clementes, para instruir el proceso de la sedición y derribo de las estatuas.

3.^a Mientras duraron las averiguaciones del suceso, los filósofos, los potentados, los ricos, los nobles huyeron espantados por los rumores de temerosos castigos; mas los monjes cenobitas y ermitaños se presentaron a los Jueces intercediendo por la ciudad y ofreciéndose a sobrelevar por ella los castigos merecidos, hasta a morir.

4.^a Teodosio se contentó con imponer leves penas a la ciudad y dejarla sin la dignidad de Metrópoli, la que confirió a Laodicea.

5.^a Es una magnífica exposición del gran moralista cristiano de Antioquía.

* * *

1. Hoy todos hemos cantado oportunamente: *Bendito sea el Señor Dios de Israel; sólo El hace maravillas* (Ps 71,18). Porque se han resuelto negocios que son para admirados y que exceden la opinión: en un instante de tiempo ha librado del naufragio a toda la ciudad y a tanta población, que estaba para hundirse y verse puesta bajo las olas y que al momento había de perderse del todo. Demos, pues, gracias, no sólo porque ha calmado la tempestad, sino también porque permitió que se fraguara; no sólo porque nos ha salvado del naufragio, sino también porque permitieron caer en tanta angustia, y que nos amenazase peligro extremo. Así dispuso Pablo que demos gracias por todo. Mas al decir: *Dad gracias por todo* (1 Tes. 5,18), significa esto que no sólo por la resolución de los males, sino que también durante las pruebas y tentaciones: *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* (ROM. 8,28). Nosotros demos gracias por la resolución de las pruebas, y de éstas jamás nos olvidemos: dediquémonos a las oraciones, a las no interrumpidas súplicas, a la piedad intensa. Cuando al principio, habiéndose encendido la grande hoguera de estos males, os decía que no era tiempo de adoctrinar, sino de orar: pues lo mismo digo ahora una vez apagada; ahora es más tiempo de oraciones aún que antes; ahora sobre todo es tiempo de lágrimas, y de compunción, y de ansia del alma, y de mucho cuidado y cautela. Pues entonces la misma condición de las tribulaciones, aunque no quisiéramos, nos corregía y hacía modestos, y nos encaminaban a mayor reverencia, pero ahora, quitado el freno y pasada la nube, es de temer que declinemos a la pereza, que nos volvamos otra vez más desidiosos por el perdón, que alguien diga también de nosotros: *Cuando el Señor hacía en ellos mortandad entonces recurrían a El, y volvían en sí, y acudían solícitos a buscarle* (Ps 77,34). Por tanto, Moisés amonestaba a los Judíos diciendo: *Cuando comieres y (bebieres) te saciares, cuida con gran diligencia de que no te olvides del Señor* (Dt, 6,12-13).

5. Llámasele *Magíster militum*, que debe de ser el General que cuidaba de todos los servicios; otras veces se le nombra sólo *Magíster*, aunque había otros, como *Magistri scriniorum*=secretarios, *epistulárum et libellórum*=de memoriales=de los griegos. Al *Magíster officiorum*=empleados, estaba encomendada la intendencia de palacio. Helebio era Intendente General de Teodosio, Cesáreo debió de ser Ayudante.

Ahora se verá la sinceridad de vuestro propósito, si permanecéis en el mismo deseo piadoso; porque antes muchos atribuían al temor y a los males inferidos vuestro cuidado; mas ahora, si perseveráis en el mismo, será puro merecimiento vuestro. Porque también que un párvulo, mientras está ejercitado por un áspero pedagogo, viva con compostura y docilidad, nada es de admirar; porque todos atribuyen la modestia del niño al temor del pedagogo; pero que, una vez salido de la dependencia, guarde él la misma compostura, y la misma modestia que tuvo anteriormente, esto todos se lo atribuyen a él. Hagamos también nosotros esto, perseverando en la misma reverencia, para que del anterior cuidado recibamos de Dios mucha alabanza.

Temimos innumerables males: que las haciendas todas serían robadas, que las casas con los moradores serían quemadas, que la ciudad había de desaparecer de la tierra, y que su suelo sería arado y todas sus reliquias habían de perecer; pero todo esto quedó sólo en temor de expectación y no llegó a ser realidad de hecho. Y no esto sólo es de admirar, el que Dios ha quitado tanto peligro, sino que además nos ha distinguido con grandes beneficios, y ha adornado nuestra ciudad y por medio de esta prueba y calamidad nos ha hecho más acrisolados. De qué manera, yo lo diré.

LOS MONJES BAJAN DE LOS MONTES A ANTIOQUÍA PARA IMPETRAR PERDÓN PARA LA CIUDAD. Pues cuando los enviados del Emperador, para inquirir sobre los crímenes cometidos, constituyeron aquel tremendo tribunal, y todos eran citados por reos de los crímenes, y todos tenían el temor de varias clases de muerte, entonces los monjes que habitaban en las cimas de los montes, hicieron exhibición de su filosofía. Pues los que escondidos en sus cavernas tantos años, sin que nadie llamase, y nadie persuadiese, después que vieron la nube tan grande que rodeaba la ciudad, dejando sus tiendas y cavernas, de todas partes acudieron, como unos ángeles bajados del cielo; y era entonces de ver la ciudad parecida a un cielo, encontrándose en todas partes aquellos santos, que con sólo verlos consolaban a los que estaban oprimidos por el dolor, y que alentaban a menospreciar toda calamidad. Porque habiéndolos contemplado, ¿quién no se reiría de la muerte y menospreciaría la vida?

Y no sólo esto era lo admirable, sino el que, acercándose a los príncipes, les hablaban con valor en favor de los reos y todos estaban dispuestos a derramar la sangre y a perder las cabezas para librar a los presos de las temidas tribulaciones, y aseguraron que no se retirarían

antes que los jueces perdonasen a la población de la ciudad, o que, juntamente con los reos, fuesen enviados al Emperador. Es religioso, dijeron, quien domina en nuestro orbe, es fiel, el que vive piadosamente; por tanto, de seguro lo reconciliaremos nosotros, no permitiremos, no os consentiremos manchar la espada, ni cortar la cabeza de uno sólo. Pero si no os contenéis, también nosotros seguramente moriremos con los mismos. Cierto que son graves los crímenes perpetrados, lo confesamos, pero la maldad de lo hecho no vence o excede la humanidad del Emperador.

Cuéntase que uno de los mismos (*refiérese aquí al monje Macedonio*) añadió otra sentencia llena de filosofía: Las estatuas derribadas en verdad han sido nuevamente erigidas, y han recobrado la forma propia, y el crimen ha tenido celérrima reparación, pero si vosotros matáis a quien es imagen de Dios, ¿cómo podréis revocar de nuevo al que pereció? ¿Cómo resucitar a los ejecutados y devolver las almas a los cuerpos? Y también les disertó largo sobre el juicio.

2. ¿Quién no quedaría estupefacto? ¿Quién no admiraría la sabiduría de los varones? Porque si (cuando) una madre de los reos, con la cabeza desnuda y enseñando canas, cogiendo por el freno el caballo de quien ha de juzgar, y atravesando la plaza, así ha entrado con él juntamente en el tribunal, quedamos todos estupefactos, todos admirados de su piedad y magnanimidad; ¿cuánto más debemos pasmar-nos de éstos? Pues aquélla, aunque hubiese muerto por el hijo, nada es de admirar; es grande el poder de la naturaleza e irrompible la ligadura de las entrañas: éstos, empero, a los que ni engendraron, ni criaron, aun más, a los que no han conocido, cuyo nombre ni han oído, con los que jamás han conversado, a los que sólo han conocido por la calamidad, tanto los han amado, que aunque hubiesen tenido infinitas vidas, querrían darlas todas por la salvación de aquéllos. Y no me vayas a decir esto, que no están ejecutados, que no han derramado la sangre, sino que han hablado con tanta libertad delante de los jueces, cuanta sólo es verosímil que empleen los que están desesperanzados de su vida; y con este pensamiento desde los montes acudieron al tribunal. Pues si antes no se hubieran preparado para cualquier muerte, no hubieran podido hablar a los jueces con tanta libertad, y manifestar entonces tan grande magnanimidad: porque si pasaban los días enteros sentados ante las puertas del pretorio, preparados para arrancar de las manos de los verdugos a los que debían ser conducidos (al suplicio).

TODOS LOS FILÓSOFOS ABANDONARON LA CIUDAD EN LA CALAMIDAD. ¿Dónde están ahora los que llevan las capas y cultivan lengua barba, y llevan bastones en la diestra, los filósofos de los paganos, los cínicos, más despreciables que los perros que están debajo de las mesas, los que todo lo hacen por causa del vientre? Todos abandonaron entonces la ciudad, todos se alejaron, se han encerrado en las cavernas; mas sólo los que por las obras en verdad muestran filosofía, como si ningún mal hubiese sobrecogido a la ciudad, así intrépidos hanse presentado en la plaza. Y los que habitaban la ciudad volando se fueron a los montes y desiertos; pero los habitantes del yermo han entrado en la ciudad, demostrando con sus mismas obras lo que en anteriores días no he desistido de decir, a saber: al que vive virtuosa-mente en nada le puede lesionar ni un horno ardiente. Tanto la sabiduría del ánimo es más alta que todas las cosas, ya sean alegres, ya tristes; pues ni en aquéllas se debilita, ni en éstas se contrae y se rebaja, sino en medio de todas permanece igual exhibiendo la propia fortaleza.

¿A quién no habría vencido la dificultad del tiempo presente? Los próceres de nuestra república colocados en los poderes, que habían recogido riquezas inmensas, que tenían ante el Emperador gran confianza, dejando desiertas, abandonadas las casas, todos miraban de ponerse a salvo a sí mismos: toda amistad y parentesco era superado entonces, y a los que en otro tiempo habían conocido, en el de la calamidad hacían por desconocerlos y por ser de los otros desconocidos. Los monjes, empero, hombres pobres, que no tenían otra cosa que un vil vestido, que vivían en la soledad de los montes, que parecían no ser nadie, que estaban en montes y bosques, como unos leones, dotados de grande y elevado sentido, poniéndose en medio, cuando estaban todos estupefactos y temblorosos, han resuelto el daño, no en muchos días, sino en un breve momento de tiempo. Y como los valientes guerreros, no sólo cuando cruzan las armas, sino también vistos de los enemigos en el cuerpo de ejército y que vociferan, ahuyentan a los adversarios; así también éstos en un sólo día descendieron, y hablaron y disiparon la calamidad y se volvieron a sus propias tiendas. ¡Tan grande es el valor de la filosofía de Cristo enseñada al género humano!

Mas ¿por qué digo de los ricos y poderosos, cuando hasta los mismos que habían conseguido la potestad de juzgar, los más altos magistrados, rogados por estos mismos monjes que diesen la senten-

cia con benignidad, habían negado que fuesen dueños de hacerlo; pues no seguro, sino peligroso resultaba esto, dejar impunes, no sólo el ser injuriado el Emperador, sino también a los que estaban convictos de contumelia? Pero éstos fueron más valerosos que todos, y con grandeza y tolerancia de ánimo perseverantes suplicaron que hicieran uso de un poder que no habían recibido del Emperador; y habiendo cogido a los que eran reos, pudieron persuadir a los jueces que no diesen sentencia condenatoria, sino que los dejaran a voluntad del Emperador, y prometieron que ellos le persuadirían, y lograrían que concediese un total perdón a los que habían faltado contra él, y emprendieron la peregrinación. Mas los jueces, respetuosos del parecer de los mismos, y sorprendidos de la elevación de sentimientos, no consintieron que emprendieran este largo viaje, sino que, si por escrito tenían las exposiciones de los mismos, dijeron y prometieron que ellos con los memoriales partirían y rogarían al Emperador que depusiera todo su enojo, lo cual confiamos que sucederá. Porque cuando se daba la sentencia, los que han entrado han dicho palabras de mucha sabiduría, y por los memoriales han suplicado al Emperador, y han hecho mención del juicio, y han dicho que ellos expondrían sus cabezas si esto no se hiciera.

Y después de tomadas por escrito estas manifestaciones, los jueces marcharon, lo que ha adornado a nuestra ciudad más espléndidamente que todas las coronas. Y oirá el Emperador las cosas aquí realizadas ahora, las oirá también la gran ciudad, las oirá todo el orbe; oirán que tales monjes habitan la ciudad de los Antioquenos, que inspiran la confianza apostólica, y por los escritos ahora hechos, en los campamentos admirarán todos la magnanimidad de los mismos, todos a nuestra ciudad la llamarán feliz, y alejaremos la mala fama; y sabrán todos que los crímenes hechos no lo fueron por los habitantes de la ciudad, sino por hombres extraños y perdidos, y el testimonio de los monjes será idónea demostración de las costumbres de la ciudad.

No nos entristezcamos, pues, oh queridos, sino perseveremos enseñados con buenas esperanzas. Porque si la libertad ante los hombres ha podido evitar tanta molestia, ¿qué no conseguirá la confianza ante el mismo Dios? Digamos también estas cosas a los gentiles, cuando se atrevan a disputar con nosotros de los filósofos. Patente es por lo de ahora que también fue falso lo de antes entre ellos, y por lo presente está manifiesto que entre nosotros fueron verdad lo de Juan, de Pedro y Pablo, y de todos los otros. Pues porque fueron sucesores de

ellos en la religión, por esto dieron ejemplos de confianza como ellos: porque fueron educados con las mismas leyes, por esto también han imitado su virtud. Así es que no tenemos necesidad de las cartas para demostrar la virtud apostólica, estando los hechos que claman y los discípulos que honran a los maestros, y los de los filósofos mismos que pregonan la pusilanimidad de éstos, así ahora como antes, porque entre ellos todo resulta cuentos fabulosos, escenas y ficciones.

Pero no sólo los monjes, que también los sacerdotes dieron pruebas de la misma grandeza de ánimo y atendieron a nuestra salvación. Porque el uno se dirigió en efecto al campamento, posponiéndolo todo al amor para con vosotros, y él mismo preparado estaba a morir, si no persuadía al Emperador, y los otros que aquí quedan, bien haciendo lo mismo que los monjes, bien deteniendo con sus propias manos a los jueces, no los dejaban entrar antes de que prometiesen acabar el juicio; y cuando los veían que renunciaban (y de hecho se resistían), también ellos usaron a su vez de mucha valentía. Y una vez que los vieron condescender, abrazados a los pies y a las rodillas y besando las manos, dieron muy abundantes pruebas de ambas virtudes, de libertad y de bondad de alma. Pues que la valentía no era de soberbia, lo probaron besando las rodillas y abrazando los pies; y por otro lado, que aquella humillación no era lisonja ni servidumbre, nacida de la condición de siervos, las cosas que procedieron a su valor dieron testimonio.

Y ni sólo estos bienes hemos ganado con la prueba, que también mucha modestia, y mansedumbre, y la ciudad se nos ha tornado de repente en monasterio. No la habría nadie adornado tanto si alguien hubiera erigido en la plaza estatuas de oro cuanto es ahora esclarecida e ilustre la que ha levantado estatuas de virtud y hace gala de sus propias riquezas.

3. PENAS INFLIGIDAS POR EL EMPERADOR A LOS ANTIOQUEÑOS. LA DIGNIDAD DE METRÓPOLI TRASLADADA A LAODICEA. Mas las disposiciones dadas por el Emperador contristan: pero ni aun éstas son ciertamente graves, sino que también han aportado muchas ventajas. Dime: ¿Qué molestias han causado? —¿Que han cerrado la orquesta? ¿Que el circo no está accesible, que han cerrado y cegado las fuentes de maldad? Pluguiera a Dios que no se concediese jamás abrirlas otra vez. De ahí las raíces de maldad, que germinaron en la ciudad, de ahí los que deshonoran las costumbres de la ciudad, esos que a los danzantes venden sus voces, y por tres óbolos véndenles su salud y lo confunden

todo. ¿Por esto te pones triste, carísimo? Antes bien, es para gozarse y alegrarse y para dar gracias al Emperador: porque su venganza fue corrección y el castigo enseñanza, y la ira doctrina.

—¿Es acaso porque se nos han cerrado los baños? —Pero esto no es intolerable el que aun a pesar nuestro, a los que llevan la vida divertida, o muelle y disoluta, se les reduzca a filosofar.

—¿Es porque a la ciudad quitó la dignidad, y no ha permitido que en adelante sea llamada metrópoli? ⁶. —Pues ¿qué había que hacer? ¿Acaso alabar los hechos y dar gracias? Y ¿quién no le hubiera acusado de que ni siquiera en apariencia hubiera dado muestras de indignación? Además, ¿no ves cómo los padres hacen esto muchas veces con los hijos? Los rechazan y no los admiten en la mesa. Pues esto también ha hecho el Emperador imponiendo semejantes castigos, que no contienen daño ninguno, pero que en sí llevan mucha corrección. Reflexiona en lo que temimos y en lo que ha sucedido, y así es como grandemente conoceremos la gracia de Dios.

LA VERDADERA DIGNIDAD DE ANTIOQUÍA. ¿Estás sentido porque han quitado a la ciudad el título de dignidad? —Pues aprende qué es en último término lo que forma la [verdadera] dignidad de una ciudad, y entonces sabrás manifiestamente que, si los habitantes de ella no la traicionaren, ningún otro podrá quitarle la dignidad de ciudad. No el que sea metrópoli, ni que tenga magnitud y ornato de edificios, ni que tenga muchas columnas y anchos pórticos, y paseos, ni que sea nombrada en cabeza de las otras, sino la virtud y religión de los habitantes, ésta es la dignidad, el adorno y la tutela de la ciudad, de modo que si esto falta, será la más vil de todas, aunque el Emperador la colme de infinitos honores.

¿Quieres aprender la verdadera dignidad de tu ciudad? ¿Quieres conocer sus escudos de familia? Lo diré exactamente, no sólo para que los conozcas, sino para que los imites.

Finalmente, ¿cuál es la dignidad de nuestra ciudad? *Aquí en Antioquía los discípulos empezaron a llamarse cristianos* (ACT 11,26), y esto ninguna de cuantas ciudades hay en el mundo lo tiene, ni la

6. Efectivamente, los derechos y privilegios de metrópoli fueron trasladados a Laodicea, como refiere Teodoreto, I, 5, c. 19: "Privilegia civitati ademit, urbique vicinae primum tribuit, putans hoc illi maximo dolori futurum. Invidabat enim jam olim Antiochia Laodiceae." Puede verse en la vida del Crisóstomo por *Montfaucon*, t. I, año 387.

misma ciudad de Rómulo, por esto puede levantar sus ojos en presencia de todo el orbe terráqueo: porque tiene la bandera del amor de Cristo, por la confianza, por aquella fortaleza.

¿Quieres oír otra dignidad y elogio de la ciudad? Antiguamente hubo de ocurrir una hambre extrema, y los que habitaban en Antioquía acordaron que, según cada cual podía de su abundancia, se enviase a los fieles, que vivían en Jerusalén (Act, 28,29). Ahí está un segundo título de dignidad, caridad durante el hambre. No cerró sus manos el tiempo, ni los hizo más remisos el temor de la calamidad, sino que cuando otros recogen lo ajeno, entonces ellos envían lo propio, y no sólo para los que estaban presentes, sino para los que vivían lejos. ¿Has visto la fe en Dios y la caridad para con el prójimo?

¿Quieres saber aún otra dignidad de esta ciudad? Bajaron algunos de Judea a Antioquía, que perturbaban la predicación y que imponían las observancias judaicas (Act. 15,1). No recibieron ellos con facilidad la innovación, ni se aquietaron, sino que reuniéndose y formando asamblea, iglesia, enviaron a Jerusalén a Pablo y a Bernabé y consiguieron que los apóstoles predicasen por toda la tierra los dogmas limpios de enfermedad judaica. Esta es la dignidad de la ciudad, ésta la prestancia, ésta la hace metrópoli, no en la tierra, sino en el cielo. Así pues, todos los otros honores son corruptibles, y caducos, y se terminarán con la vida presente; y con frecuencia tienen fin antes que la vida presente, como lo han tenido ciertamente ahora.

Para mí, la ciudad que no tiene ciudadanos píos es más vil que cualquier villorrio y más innoble que cualquier caverna. Mas ¿qué digo de una ciudad? Pues para que aprendas diligentemente que solamente la virtud honra a los ciudadanos, no te digo nada de la ciudad, sino lo que es más venerable que toda ciudad, poniendo ante la vista el templo de Dios en Jerusalén me esforzaré en demostrarlo. Pues este templo en el que había sacrificios, oraciones y cultos, en el que estaba el santasantórum y los Querubines y el Testamento, y el arca de oro, grandes señales de la providencia divina para con aquella gente: en donde continuamente se daban oráculos de lo alto, en donde los profetas eran inspirados del numen divino; en donde estaba un modelo, no de arte humano, sino de la sabiduría divina; en donde las paredes refulgían con el mucho oro y sobre manera, tanto por la hermosura de preciosísimos materiales, cuanto por el arte exquisito con que estaban trabados, demostraron que en aquel entonces era templo único sobre la tierra; es más, que no sólo la exquísitez del arte, sino también la

sabiduría de Dios adornó aquel edificio. Porque no por propio impulso, ni de suyo, sino aprendiendo Salomón de Dios y conformándose a la descripción del cielo, así lo dibujó y erigió (3 REG. 6). Con todo, un templo tan hermoso, y admirable, y santo, perdidos los que lo usaban, se tuvo por tanta ignominia, y tan despreciado y profanado quedó que antes de la cautividad se le llamaba cueva de ladrones (Mt. 21,23) y guarida de hienas; y después de esto fue entregado en manos de bárbaros e inmundos y profanos.

¿Quieres oír esto mismo también de la ciudad? ¿Qué hubo más preclaro que Sodoma y las ciudades vecinas? Por las casas y edificios espléndidos, y las hermosísimas paredes que tenían, por la pingüe y fértil región, que se parecía a un paraíso de Dios; al contrario, la tienda de Abraham vil y pequeña y sin defensa; pero habiéndose declarado cierta vez la guerra de los bárbaros, minaron y tomaron las ciudades fortificadas y, llevando cautivos a los moradores, se marcharon, pero al morador de la soledad Abraham, que caía sobre ellos, no lo llevaron. Y no sin motivo: porque tenía una fuerza mucho mayor que la de la multitud y de los muros, a saber: la piedad.

Si eres cristiano, no tienes ciudad sobre la tierra. El artífice de nuestra ciudad y el arquitecto es Dios; aunque ocupemos todo el orbe, somos huéspedes y peregrinos en todo él. Estamos inscritos en el cielo, allí vivimos, no hagamos como los niños pequeños, que no hacen caso de las cosas grandes, para admirar las pequeñas.

4. NO LA GRANDEZA SINO LA PIEDAD ADORNA LAS CIUDADES. No la grandeza de la ciudad, sino la virtud del ánimo es su ornamento y fortaleza defensiva. Mas si piensas tú que también la grandeza es dignidad de una ciudad, piensa cuántos rufianes y cuántos afeminados y perdidos y que están plagados de vicios participan de la dignidad ésta, y entonces despreciarás esta honra. Mas no es tal aquel otro: porque no puede tener parte en él quien no dé pruebas de toda virtud. Por tanto, no nos hagamos necios, sino que entonces nos dolamos cuando alguien nos quite la dignidad de nuestra alma, cuando hayamos cometido [algún] pecado, cuando hayamos ofendido al común Señor de todo: puesto que lo que ahora se ha perpetrado, no solamente en nada dañará a la ciudad, sino que, como seamos sobrios, hasta grandemente la ayudarán. Porque ahora semejante es nuestra ciudad a la mujer hermosa, y libre [no sierva] y modesta. El temor la ha hecho más afable y más honesta, y la ha liberado de aquellos malvados, que se atrevieron a cometer estos nefandos crímenes. No lloremos, pues,

con llanto de mujer, pues he oído en la plaza a muchos que decían: ¡Ay de ti, Antioquía! ¿qué se te ha hecho? ¿Cómo se te ha despojado de la honra? Y me reí de la idea pueril de los que decían tales cosas. Porque no se tienen que decir ahora estas palabras, sino cuando vieres a los que saltan, y que beben, y que blasfeman, juran, perjuran, mienten, entonces haz uso de estas palabras: ¡Ay de ti, oh ciudad! ¿qué se te ha hecho? Mas si vieres la plaza con unos cuantos hombres afables y modestos y moderados, llama dichosa aquella ciudad. En nada podrá dañarla la poca población, como no le falte la virtud; y al contrario, jamás le aprovechará de nada la multitud, como haya maldad. *Porque aun cuando tu pueblo, oh Israel, fuese como la arena del mar, [solamente] los restos de él se convertirán* (Is. 10,22; Rom. 9,27). La muchedumbre, dice, nada podrá rogarme.

Así también hizo Cristo, llamó miserables a las ciudades, no por la poquedad, ni tampoco porque no eran metrópolis; y en otra ocasión a Jerusalén llamó desgraciada por esto mismo, diciendo así: *¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a los que a ti son enviados* (MAT. 23,37). Porque, dime: ¿Qué provecho me proporcionará la multitud, si vive mal? Antes por lo contrario, hasta daño nace de esto. Pues ¿qué es lo que ha causado los daños inferidos sino esto? ¿No fue acaso la desidia, el desprecio y la maldad de los habitantes? ¿Es que aprovechó a la ciudad su dignidad? ¿O la grandeza de los edificios? ¿Acaso el ser metrópoli? Pues si ante el rey de la tierra de nada aprovechó esto a la que había prevaricado, sino que todo esto le fue quitado; mucho menos le aprovechará esta dignidad ante el Señor de los ángeles, pues nada podrá ayudarnos en aquel día el que habitemos en la metrópoli, que tiene anchos pórticos y otros parecidos títulos.

Mas ¿por qué digo en aquel día? ¿Qué nos podrá aprovechar, aunque sea para esta presente vida, el que la ciudad para ti sea la metrópoli? ¿Es que acaso el que ha tenido la casa mal dispuesta la ha corregido por esto? ¿O que desechó la tristeza? ¿O qué ha vencido una enfermedad corporal? ¿O algo que mejore la condición del alma? No juguemos, queridos, y no atendamos a las opiniones del vulgo, sino aprendamos en qué está después de todo la dignidad de ciudad, en qué el ser metrópoli.

Y no digo esto porque desespere que esta ciudad vuelva a tomar su anterior belleza, y a estar en su propia presidencia; porque humano y piadoso es el Emperador, mas quiero que vosotros, aunque haya

sido restituida, no os engriáis por eso, ni os gloriéis, y que por estas cosas estiméis en más la ciudad. Cuando quierais enaltecerme las alabanzas de la ciudad, no me alegues que Dafnes es un barrio, ni la altura y multitud de cipreses, ni las fuentes de aguas, ni los muchos hombres habitantes de la ciudad, ni que hasta muy entrada la noche se vive con toda libertad en la plaza, ni que hay abundancia en los mercados de cosas vendibles, siendo todas estas cosas sensibles y que duran sólo cuanto la presente vida; sino si puedes contar virtudes, la mansedumbre, la limosna, las vigiliass nocturnas, las oraciones, la modestia, la sabiduría del alma, por todo esto recomienda a la ciudad. Si estas cosas existen en los moradores del yermo, hácenlo más espléndido que todas las ciudades; y al contrario, hacen la más vil de todas a la ciudad en cuyos ciudadanos faltan ellas.

Esto hagamos no en la ciudad tan sólo, sino también en los hombres. Si ves a un hombre corpulento, y muy elegantemente vestido, de alta estatura, y que sobresale entre los demás por su altura, ni le admires en tanto que no hayas conocido el ánimo. Juzguemos que todos son felices, no por la externa pulcritud, sino por la hermosura de la mente. Pequeño y corto de talla era David (1 REG. 17); no obstante, aquel bajito y pequeño y desprovisto de todas armas, a un ejército tan grande y a una torre de carne como aquella derribó de un solo golpe, no arrojando un lanza, ni tirando una saeta, ni blandiendo una espada, sino que lo deja todo concluido tirando un pequeño guijarro; por esto avisa uno diciendo: *No alabes al hombre por su bello aspecto, ni desprecies a nadie por su sola presencia exterior. Pequeña es la abeja entre los volátiles, mas su fruto es el primero en la dulzura.* (ECCLO. 10,2-3).

Esto digamos tanto de las ciudades como de los hombres, y filosofemos entre nosotros, y demos a Dios gracias con asiduidad lo mismo por lo de ahora que por lo de antes, y simultáneamente roguémosle con todo empeño, para que los que están en las cárceles, y los que han de ser llevados al destierro, aquéllos sean puestos en libertad, y que éstos vuelvan. Miembros nuestros son, y ellos con nosotros han estado fluctuando, con nosotros padecieron la tormenta: roguemos, pues, a la divina benignidad, para que con nosotros alcancen tranquilidad.

—Nadie diga: ¿Qué cuidado tengo yo además? Yo mismo estoy libre de peligro, que perezca él, que muera el otro.

No irriteamos a Dios por este desprecio, sino como si estuviéramos en la adversidad, así nos dolamos, así pidamos a Dios con asiduidad,

cumplimentando aquel dicho de Pablo: *Acordaos de los presos, como si estuviérais con ellos en la cárcel, y de los afligidos, como que también vosotros vivís en cuerpo* (HEB. 13,3), y *llorad con los que lloran, estad siempre unidos en unos mismos sentimientos* (ROM. 12, 15-16). Y esto nos aprovechará a nosotros mismos grandemente, pues nada suele agradar más a Dios como el que nos compadezcamos con mucha efusión de los miembros nuestros. Oremos, pues, al mismo simultáneamente, ya por lo presente, ya por lo futuro, para que nos libre de aquella pena. Que lo presente, sea lo que sea, es tolerable y tiene fin; mas aquellos tormentos son inmortales e inevitables.

Además del consuelo, cuidemos, empero, nosotros de no caer otra vez en tales pecados, sabiendo que no hemos de conseguir más perdón. Caigamos, pues, simultáneamente delante de Dios todos, ya mientras estamos aquí, ya cuando salgamos para casa, digamos: “Justo eres en todo aquello que has hecho con nosotros, oh Señor (DAN. 3,27), pues justos fueron los juicios según los cuales hiciste recaer estas cosas sobre nosotros. Si estorbaren nuestros pecados, hazlo con nosotros por tu nombre y no permitas que experimentemos más tales molestias.” Y no nos dejes caer en tentación, más líbranos de mal (Mt 6,18), porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVIII.

1. Motivo de alegría verdadera.—Pusilanimidad de quienes se preocupan de la cuaresma venidera y no disfrutan los bienes de la actual.—De qué manera es provechoso el ayuno.—La buena disposición del alma produce en el ayuno placer puro y continuo.—Es posible vivir siempre alegres.—Todos buscan el placer.—Las riquezas no engendran la alegría.—Es la apreciación de las cosas lo que las hace pequeñas o grandes para nosotros.

2. La buena salud corporal, ¿causa la alegría?—La gloria de los magistrados y reyes no es causa de la alegría.—El temor de Dios es fuente de alegría perpetua.—El varón fiel disfruta de continua alegría.—No puede no estar siempre alegre: aun en la muerte propia,—de los hijos,—en las demás contrariedades.—En la enfermedad.—Los santos se dolían.—La tristeza según Dios es mucho mejor que la alegría mundana.

3. Borra el pecado.—Compasiva tristeza de los pecados.—Los felices según Dios y Jesucristo.—Pablo se alegraba en las tribulaciones.

4. Si quieres alegría, ásete a la virtud, teme sólo a Dios.—Nadie nos hace desgraciados, sino nosotros mismos.—Reprende a los reincidentes desidiosos.—No aguantamos estar sin bañarnos.—Exhortación.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Probablemente se pronunció en la dominica V de Cuaresma.

2.^a Trátase en esta homilía de la razón esencial del ayuno, que no está sólo en no comer por algún tiempo, sino en abstenerse de pecar, en desarraigar vicios y en practicar virtudes.

3.^a Habla extensamente de la alegría según Dios, de las causas y efectos de ésta y por oposición de las causas y efectos de la alegría mundana.

4.^a Del menosprecio de salud, honores, riquezas y placeres y aprecio de la tristeza según Dios.

5.^a Exposición del consejo de San Pablo a los fieles de Filipos, cap. IV, v. 4: “Vivid siempre alegres en el Señor; vivid siempre alegres repito.”

* * *

1. He visto a muchos que se alegran y dicen: Hemos vencido, hemos superado, la mitad del ayuno se ha concluido. Mas a los tales exhorto yo a no gozarse porque se haya concluido la mitad del ayuno,

sino a pensar en si se ha concluido la mitad de los pecados; y entonces regocíjate: que esto es digno de satisfacción, esto es lo que se busca, y por lo que se ha hecho todo, para que corriamos nuestros defectos, para que no salgamos del ayuno tales cuales entramos en el ayuno, sino lavados; y depuesta toda mala costumbre, celebremos así la grande solemnidad. Como esto falte, no sólo no tendremos utilidad alguna, sino que del ayuno terminado tendremos grandísimo daño. No nos alegremos, pues, de que nos hayamos desembarazado del prolijo ayuno, que esto nada importante es, pero alegrémonos, cuando lo hayamos pesado en obras buenas, de modo que aun terminado el mismo, brille el fruto suyo. Porque la ventaja del invierno se manifiesta sobre todo entonces cuando ya ha pasado: porque las sementeras primaverales y los árboles, que se visten de hojas y frutos, por sola su vista claman que también para ellos ha sido útil el invierno. Que suceda esto en nosotros. Porque hemos disfrutado de lluvias continuadas y repetidas en el invierno durante el tiempo del ayuno, sacando doctrina sin cesar, y hemos recibido las espirituales semillas, y hemos arrancado las espinas de los deleites. Perseveremos, pues, guardando con diligencia las que hemos recibido, para que, pasado el ayuno, brote el fruto del ayuno, y por los bienes que de él hemos recogido, nos acordemos también del mismo.

Si nos comportamos así, el ayuno siguiente lo recibiremos otra vez con alegre placer. Porque estoy viendo a muchos tan pusilánimes, que ya ahora están preocupados de la cuaresma futura, y a muchos he oído que dicen que ellos, después de la liberación del ayuno, no sienten placer del perdón a causa de la preocupación del año venidero. Pregunto yo: ¿Qué puede haber más pusilánime que éstos? ¿Pero cuál es la causa de esto? —Porque no cuidamos de disponer bien el alma para cuando venga el ayuno, sino que lo limitamos en abstenernos de manjares.

DE QUÉ MANERA APROVECHA EL AYUNO. Así pues, si en la corrección de costumbres hubiéramos de tener ventaja con el ayuno, cada día deseáramos que fuese ayuno, dándonos cuenta del mérito suyo por las mismas obras, y jamás rechazaríamos el deseo del mismo, jamás esperándolo nos pondríamos tristes y con inquietud. Porque al que se halla bien dispuesto mentalmente y al que tiene cuidado de su alma, nada podrá contristarle; éste, empero, disfrutará de un placer puro y continuo. Que esto es verdad habéis oído hoy a Pablo que nos amonesta y dice: *Vivid siempre alegres en el Señor, vivid alegres repito*

(FILP. 4,4). Sabemos que a muchos parece no ser hacedero lo dicho. Porque dicen: ¿cómo puede ser que el que es hombre viva siempre alegre? Porque el vivir alegre no es cosa difícil, mas el vivir perpetuamente alegres, me parece imposible, quizá dirá alguno: porque necesariamente nos rodean muchas tristezas. Pues o alguien ha perdido a un hijo, a la mujer, o a un sincero amigo, más íntimo que cualquier consanguíneo, o hecho quiebra en las riquezas, o se ha puesto enfermo, o en otras cosas ha experimentado reveses, o se ha sentido de haber sufrido una injuria contra la dignidad, o el hambre, o la peste, o una exacción que no puede soportarse, o los negocios de familia; aún más, no acabaríamos nunca de contar todo cuanto, ya privada, ya públicamente, suele entristecernos. Así pues, ¿cómo es posible vivir siempre alegres?

—Muy posible es, oh hombre; y si no fuera posible, no hubiera avisado Pablo, ni hubiera aconsejado, siendo un hombre dotado de espiritual sabiduría. Por esto frecuentemente os lo decía, y no desistiré de repetirlo: las cosas que en ninguna parte podéis aprender de otro, éstas podéis aquí filosofarlas. Porque todos buscan el placer y desean alegrarse, y para esto lo hacen y dicen y negocian todo. Pues por esto el mercader navega, por reunir dineros; y reúne dineros para que teniéndolos de repuesto viva alegre; y el militar para esto está en la milicia; y el labrador por esto cultiva la tierra, y cada cual por esto trabaja en su arte [u oficio]; y los codiciosos del poder por esto lo ambicionan, por gozar de gloria; pero quieren gozar de gloria, para vivir alegres, y observe cualquiera que todo negocio nos conduce a este fin, y cada cual mirando a él por todos medios se apresura a ir a él.

LAS RIQUEZAS NO ENGENDRAN LA ALEGRÍA. En verdad todos quieren la alegría, como he dicho, pero no todos pueden alcanzarla, porque desconocen el camino que allá guía, aunque muchos piensan que nadar en riquezas sea la causa de la alegría. Mas si ésta fuera la causa, ninguno de los que poseen riquezas se hubiera visto oprimido de dolor; cuando ahora muchos ricos piensan que la vida no es digna de vivirse, y apetecen mil muertes, cuando experimentan alguna adversidad, y éstos son los que más que todos se conduelen. Así que no me hagais mirar sus mesas, ni los aduladores y parásitos, sino las cosas que nacen de ellos, las persecuciones y calumnias, los peligros, las perplejidades y lo que es mucho más molesto que estas cosas, que sin preparación envueltos en ellas, con tales cambios, no saben filosofar ni sobrellevar con valor los casos. Por tanto, a los mismos no sólo les

parecen gravosas las cosas que por su naturaleza lo son, antes aun las leves parecen ser intolerables, sucediendo en los pobres todo lo contrario, que tienen por tolerables aun las que son intolerables, porque anteriormente están ejercitados en muchas semejantes. Que no es tanto la naturaleza de las cosas, cuanto la disposición de los pacientes, la que hace que parezcan ser pequeños o grandes los males que nos sobrecogen. Y para no buscar más lejos ejemplos de ambas cosas, alegaré sobre las que nos han sucedido.

Mirad si no cómo en verdad todos los pobres se evadieron, está la población libre de peligro y goza de serena [tranquilidad] seguridad; y los que manejaban los asuntos públicos, y criaban caballos en casa, y ofrecían brabeyas [premios] en los certámenes y administraban otras cosas, los mismos moran actualmente en la cárcel, temen de muerte, y solos ellos pagan las penas de los crímenes por todos perpetrados, y viven en miedo continuo, y son ahora más miserables que todos no por la grandeza de los peligros, sino porque anteriormente pasaron la vida entre delicias.

2. Porque muchos, cuando los exhortábamos y avisábamos que sobrellevasen con valentía las adversidades, decían: Jamás nos hemos ejercitado en ello, ni hemos filosofado, pensado en tales cosas: por esto estamos necesitados de grande consolación.

Otros también piensan que la causa de la alegría es la buena salud corporal; pero no lo es, porque muchos bien sanos también desearon mil veces morir, para no soportar las afrentas que les habían sido inferidas.

Otros, además, pregonan que la causa de una alegría perpetua está en poseer la gloria, en estar investidos de insignias de mando, y en desempeñar magistraturas; pero tampoco es esto. Y para no hablar de otras magistraturas, aunque subamos mentalmente a la misma del imperio, también al que vive en ella encontraremos rodeado de muchas molestias, que tiene tantos más motivos de tristeza, cuanto está circundado de mayor fausto. Y ¿qué necesidad hay de conmemorar las guerras y luchas, y las acometidas e incursiones de los bárbaros? Con frecuencia teme a los mismos que viven con él en casa. Porque muchos reyes, escapados de manos enemigas, no se libraron de las celadas de los encargados de su personal custodia. En verdad tienen los reyes tantos motivos de tristeza como olas tiene el mar.

Si, pues, el reino puede hacer que la vida no tenga tristeza, ¿qué otra cosa podrá darlo? Ciertamente, de las cosas humanas, nada; pero

esta sola palabra, breve y pasajera, de Pablo nos abrirá este tesoro. Pues no son necesarios muchos discursos, ni largos rodeos; pero si pensamos en sólo la sentencia, encontraremos el camino que a ella conduce: que no dijo sencillamente: *Vivid siempre alegres*, sino que de seguida añadió la causa de la alegría, cuando dijo: *Vivid siempre alegres en el Señor* (FILP. 4,4). Quien vive alegre en el Señor, por ningún accidente puede quedar sin este placer. Pues todas las otras cosas en que nos alegramos son mudables, disolubles, y con facilidad se invierten y no tienen sola esta molestia, sino que también las que duran no nos traen tanta alegría, que repelan la tristeza nacida de otras y la oscurezcan; pero el temor de Dios tiene ambas cosas, es estable e inmóvil, y despidе tanta alegría, que ningún otro sentimiento de los otros males se apodera de nosotros. Porque quien a Dios teme como se debe, a la vez que le teme, confía en El, ha adquirido la fuente del placer, y posee el manantial de toda alegría; y así como al caer en el mar inmenso una pequeña chispa, fácilmente desaparece; así cuanto sucede a quien a Dios teme, como si cayera en un vasto piélago de alegría, se extingue y se pierde. Y en verdad esto es grandemente de admirar, que cuando las cosas que suelen contristar están presentes, él permanece viviendo alegre. Porque si no hubiese presente cosa triste, para él no sería grande vivir siempre alegre, pero sobreviniendo muchas cosas que empujan hacia la tristeza, hacerse superior a todas y alegrarse en medio de lo triste, esto es lo admirable. Y así como nadie admiraría que los Tres Jóvenes no hubiesen ardido, si hubieran estado lejos del horno de Babilonia; porque lo que a todos consternó fue que, habiendo estado tanto tiempo volcados en el fuego, salieron menos lesionados que los que no habían sido lanzados; así puede también decirse de los santos, porque si no les hubiese instado ninguna tentación, no admiraríamos que ellos hubieran vivido siempre alegres. Mas es para espantar y cosa sobre la humana naturaleza que, envueltos por todas partes de infinitas olas, están mejor afectados que los que disfrutan de pura tranquilidad.

EL VARÓN FIEL DISFRUTA DE CONTINUA ALEGRÍA. Así es que demostrado queda por lo dicho que no es posible encontrar alguna vida exterior que tenga continua alegría, pero que el fiel no pueda no disfrutar de alegría continua, nuevamente me esforzaré en demostrar lo mismo, no para que lo aprendáis solo, sino también para que sigáis esta vida carente de tristeza.

Haya, pues, uno que no tiene nada digno de reproche, sino confiado en la buena conciencia, anhelante de los bienes futuros y esperan-

do aquella dichosa esperanza, pregunto yo: ¿Qué podría causarle tristeza [ponerle en estado de tristeza]? ¿Acaso no es la muerte lo que parece más intolerable de todas las cosas? Mas la espera de ésta no solamente no le entristece, sino que antes le deleita, pues conoce que la presencia de la muerte es la liberación de los trabajos, y la carrera para las coronas y premios con la piedad y virtud adquiridos.

—Pero, ¿y la prematura muerte de los hijos? —Pues esto también lo lleva con valentía y repetirá las palabras de Job: *El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor* (JOB, 1,21). Pues si la muerte y pérdida de los hijos no pueden contristar, mucho menos la pérdida de dineros, las acusaciones contumeliosas y las calumnias pueden alcanzar a tan grande y valerosos ánimo, ni tampoco el dolor corporal, porque también eran azotados los Apóstoles ciertamente, pero no se quejaban. En efecto, éstas son cosas grandes, mas es mucho mayor que, no tan sólo no se quejaban, sino que los mismos azotes convertían en materia de mayor alegría, y se retiraban *de la presencia del concilio muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús* (ACT. 5,41).

¿Injurio e insulto a tal un cualquiera? Mas por Cristo formado está para las contumelias. Pues dice: *Alegraos y regocijaos, cuando los hombres por mi causa os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de maldad contra vosotros, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos* (MT. 5,11-12).

Para cuando cae enfermo ya ha oído al otro que amonesta y dice: *Acepta todo cuanto te enviare [ya enfermedad, ya pobreza], y en medio de los dolores sufre con constancia, y lleva con paciencia tu abatimiento. Pues al modo que en el juego se prueba el oro y la plata, así los hombres adeptos [a Dios] se prueban en la fragua de la tribulación* (ECCLO. 2,4-5). No pudiendo, pues, ni la muerte, ni la pérdida de dinero, ni la enfermedad corporal, ni la ignominia, ni el ultraje, ni otra cosa alguna parecida contristarle, sino más bien deleitarle, ¿qué materia de tristeza podrá tener jamás?

—Pues ¿qué dice: los santos no se dolían? —Pues ¿no oyes a Pablo que dice: *Estoy poseído de una profunda tristeza y de continuo dolor en mi corazón?* (ROM. 9,2). —Pues esto mismo es lo admirable, a saber: que la tristeza acarreaba ganancia y del llanto salía placer. Así como los azotes no proporcionaban dolores, así por otra manera la tristeza aquellas magníficas coronas. Y eso también es de admirar,

que del mundo no sólo la tristeza, sino hasta la alegría tiene mal extremo; y en los espirituales todo lo contrario, que no sólo la alegría, sino la tristeza, contiene un rico tesoro de bienes. Por ejemplo; alégrase uno en el mundo frecuentemente al ver al enemigo en trabajos, y por esta alegría se atrae mucha pena; pero otro a su vez que ve a un hermano caído se conduele, y por esta tristeza se adquiere la benevolencia en presencia de Dios.

LA TRISTEZA SEGÚN DIOS ES MEJOR QUE LA ALEGRÍA MUNDANA. ¿Ves cómo la tristeza según Dios es mejor y más útil que la alegría del mundo? Así se entristecía Pablo por causa de aquellos que pecaban y no daban crédito a Dios, y de esta tristeza le estaba reservada una grande recompensa. Mas para que cuanto digo quede más manifiesto, y para que aprendáis que, aun pareciendo lo contrario, con todo lo dicho así es verdad, ora que el llanto muchas veces suele aliviar a las almas que sufren dolor, ora que levanta la conciencia apesadumbrada; muchas mujeres frecuentemente habiendo perdido los hijos más queridos, como estén ciertamente impedidas de llorar, derramar lágrimas y dar quejidos, revientan y perecen; pero si hacen lo propio de los apenados, se alivian y tienen consuelo. Y ¿qué es de admirar si esto sucede en las mujeres, cuando cualquiera puede ver esto en el mismo profeta paciente? Por esto repetía con frecuencia: *Apartaos de mí; yo lloraré amargamente: no os empeñéis en consolarme en la desolación de la hija de mi pueblo* (Is. 22-4). Así, pues, la tristeza muchas veces lleva en sí consolación; y si esto sucede en lo mundano, mucho más en las cosas espirituales. Por causa de ello dice: “Puesto que la tristeza que es según Dios, produce una penitencia o enmienda constante para la salud” (2 Cor. 7,10). Y esto ciertamente parece oscuro; pero esto es lo que dice: Si te has entristecido por causa de los dineros, nada has adelantado; si por la enfermedad, nada has ganado, antes más te has deshecho.

3. Y en verdad yo he oído a muchos que se acusan después de tal experiencia y que se recriminan así: ¿Qué me aprovechó el dolerme? Que ni he recuperado los dineros y además me he perjudicado. Pero si te entristecieres del pecado, lo has borrado, y has ganado un máximo bienestar. Si te entristeces por los hermanos caídos, a ti mismo te has confortado y consolado, y otra vez los has recuperado, y aunque a ellos en nada aprovechares, tienes la máxima recompensa. Y porque aprendas que el contristarse por los caídos, aun cuando nada aprovechamos, nos atrae una máxima retribución, escucha a Ezequiel cuan-

do dice, o mejor, a Dios que verdaderamente habla por sí mismo. Porque luego de haber enviado algunos a destruir la ciudad y a consumir a hierro y fuego todos los edificios con sus habitantes, manda a un tercero diciéndole así: *Señala con la letra Tau las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones...* (Ezq. 9,4). Y habiendo mandado a los otros y dícholes: *Comenzaréis por mi Santuario*, añadió y dijo: *Pero no matéis a ninguno en quien viérais el Tau* (v. 6). Dime, ¿esto por qué? Porque aunque nada aprovechan, con todo gimen y lamentan lo que se ejecuta. Y a otros acusa en otro lugar diciendo: “Los dados a la gula y a los placeres, y los que disfrutaban de mucha libertad, que veían que los Judíos eran conducidos a la cautividad, no se condolieron, no se hicieron partícipes de la tristeza; y acusándolos dijo: *Sin compadeceros de la aflicción de José* (Amós. 6,6); llamando José a todo el pueblo. Y otra vez: *No ha partido la que habita en los confines; la casa vecina que se sostuvo por sí misma hará duelo por vosotros* (Miq. 1,11). Pues aunque justamente sean castigados, quiere Dios que nos condolamos y no que nos alegremos y que insultemos. Porque dice, si yo que castigo no lo hago alegrándome, y no me recreo en el castigo (*¿Acaso quiero yo la muerte del impío, y no antes bien que se convierta de su mal proceder, y viva?* (Ezq. 18,23)); debes, pues, tú imitar al Señor, y por esto llorar, porque el pecador ha puesto la materia de justa venganza, ha dado ocasión. Así, pues, si alguien se entristece también según Dios, de esto saca una grande utilidad.

Siendo, pues, más dichosos los azotados que los que azotan, y los que entre nosotros son afligidos más que los extraños que están en sosiego, y los dolientes más que los que se gozan: en adelante, ¿qué ocasión tendremos de estar atribulados? Por esto no es conveniente que nadie sea tenido por dichoso más que quien vive según Dios. Y la Escritura sólo llama dichosos a éstos, pues dice: *Dichoso el varón que no se deja llevar de los consejos de los malos* (Ps. 1,1), *Bienaventurado el hombre a quien tú, oh Señor, habrás instruido y amaestrado en tu Ley* (Ps 93,12); *Bienaventurados los que proceden sin mancilla* (Ps. 118,1); *Bienaventurados los que de todo corazón le buscan* (Ps. 118-2); *Feliz la nación cuyo Dios es el Señor* (Ps. 32,12); *Feliz el que no tiene en su ánimo la tristeza y no ha decaído de su esperanza* (Eccllo. 14,2); *Bienaventurado el hombre que teme al Señor* (Ps. 111,1). Y además así Cristo: *Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los humildes, bienaventurados los mansos, bienaventurados los pací-*

ficos, bienaventurados los que padecen persecución por la justicia (Mt. 5,3-10). Ves cómo en ninguna parte las leyes divinas llaman bienaventurado a uno cualquiera de los ricos ni de los que disfrutaban de gloria (mundana), sino al que ha conseguido la virtud? Pues lo que se busque en todo cuanto hacemos y padecemos, conviene que sea el temor de Dios; y si echas por delante esa raíz, no sólo la remisión ni los honores, ni la gloria, y los ministerios, sino que hasta las persecuciones, y las calumnias, y las contumelias, y las ignominias, y los tormentos, y en general todas las cosas germinarán para ti frutos de alegría.

Y así como en los árboles las raíces en sí son amargas, pero producen suavísimos frutos, así en verdad también la tristeza según Dios nos proporcionará mucha alegría. Conocen todos cuántos muchas veces con dolor han orado y derramado lágrimas, cuánta alegría han adquirido, cómo limpiaron la conciencia, cómo se levantaron con grande esperanza, pues lo que siempre repito, no es la naturaleza de las cosas, sino nuestra alma lo que nos suele entristecer o alegrar. Por lo tanto, si a ésta la volvemos tal cual debe ser, tendremos una prenda de toda alegría, y como al cuerpo no es tanto la naturaleza de los aires ni los externos sucesos, cuanto la propia disposición la que ya daña, ya ayuda; lo mismo al alma, y con mucha mayor razón. Porque en el cuerpo obra la necesidad de naturaleza, mientras en el alma todo está pendiente y situado en la voluntad. Por lo cual Pablo, habiendo padecido incontables males, naufragios, guerras, persecuciones, insidias, acometidas de bandoleros, y todo cuanto no se puede enumerar, y estando para morir cada día, no sólo no se dolía ni se indignaba, sino que se alegraba y se gozaba, y decía: *Yo al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo* (COL. 1,24). Y otra vez: *Ni nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones* (ROM. 5,3). Y el gloriarse significa la intensidad de la alegría.

4. Por tanto, si apetece la alegría, no busques ni el dinero, ni la salud corporal, ni la gloria, ni el poder, ni los placeres, ni la mesa exquisita, ni los vestidos de seda; no fincas de mucho precio, no casas espléndidas e ilustres, ni persigas cosa alguna parecida, sino ejercítate en la filosofía que sea según Dios, ase la virtud, y nada de cuanto hay o se tema podrá entristecerte; pero, ¿qué digo entristecerte? Antes bien para ti serán un acrecentamiento de alegría las cosas que a otros entristecen, porque los azotes, muertes, multas, acusaciones, calamiti-

dades y todo lo demás, cuando se nos infieren por causa de Dios, y tienen esta raíz, introducen en nuestra alma mucha alegría.

NADIE NOS HACE DESGRACIADOS, SINO NOSOTROS MISMOS. Pues hácenos desgraciados nadie podrá, si nosotros no nos hacemos: lo mismo que ni felices, si nosotros no lo hacemos, contando con la gracia de Dios. Y para que aprendáis que sólo aquél es feliz que teme a Dios, no por cosas pretéritas, sino por las que nos han acontecido a nosotros os lo voy ahora a demostrar.

Existió el peligro de que nos fuera arrasada toda la ciudad y de los varones ilustres e insignes ninguno se atrevió a presentarse en medio, antes bien, todos huyeron y se alejaron, pero los que temen a Dios y que moraban en los monasterios, éstos, con gran valentía, acudieron y todo lo solventaron; y tan lejos estuvieron de aterrizarse por los males que acontecían y por las temidas amenazadas y no se inquietaron sus ánimos, que estando alejados de la calamidad y sin tener en ella participación alguna, espontáneamente arrojáronse en medio del incendio y a todos libraron; y lo que a todos parece ser terrible y horrendo, la muerte, con toda alegría la esperaron ellos, y con mayor placer corrieron a ella, que otros a las magistraturas y honores. Habían ellos conocido que ésta es una gran magistratura y honor, y con las obras manifestaron que aquí sólo es feliz quien ase la filosofía de lo alto, y no recibe mudanza alguna, ni sufre adversidad alguna, sino que disfruta de continua tranquilidad, y de todo se ríe, de todo cuanto parece triste. Porque ahora los que están en las primeras magistraturas están poseídos de mucha tristeza, habitantes de la cárcel, presos atados con cadenas, temiendo cada día morir; estos otros, empero, disfrutan de purísima alegría, aun cuando suceda algo grave; y las cosas que a los otros parecen ser terribles son éstas para los mismos cosas deseables, pues saben para qué corren, y cuál fin los recibirá después que de aquí hayan salido; y cuando los que tan cuidadosos viven y que sonríen a la muerte, se conducen no obstante por causa de los otros, y de esto a su vez sacan grande utilidad.

Cuidemos, por lo tanto, de tener empeño por nuestra alma, y nada de lo insospechado podrá contristarnos; y pidamos a Dios por los encarcelados, que los libre de la inminente calamidad. Podía, es verdad, resolver de una vez todo el mal, y no dejar ni tenues reliquias; mas para que no volvamos a la anterior pereza, ha cuidado de ir remitiendo insensible y paulatinamente el torrente de estos males, reteniéndonos en los mismos ejercicios de piedad.

Y que esto sea así es verdad, y que muchos habrían recaído en la pereza antes, si todo se hubiese resuelto brevemente, por esto queda manifiesto: aún duran las reliquias de la calamidad, y aún es incierta la sentencia del Emperador, y todos los que administraban los negocios de la ciudad están en presidio; con todo, muchos de los que con nosotros habitan la ciudad, codiciosos de bañarse, corren al río, moridiéndose allí con innumerables ultrajes, retozando, divirtiéndose, saltando y atrayendo a las mujeres. ¿Acaso son dignos de algún perdón? ¿De alguna excusa? Pero no, ¿de qué pena, de qué castigo no son merecedores? El primero de la ciudad está encarcelado, nuestros conciudadanos en destierro, la sentencia sobre éstos incierta; y tú dime, te lo ruego, ¿saltas, juegas y ríes?

Alguien dice: No aguantamos estar sin bañarnos. —¡Oh respuesta insolente, maquinal y perversa! Dime, por favor, ¿cuántos meses han sido? ¿Cuántos años? —Aún no han pasado veinte días de haberse cerrado los baños, y como si hubieses pasado todo un año sin bañarte, ¿así te pones triste y te indignas? Di: ¿Así estuviste cuando la incursión de los soldados, cuando cada día temías morir, cuando huías a los desiertos y corrías a las cimas de los montes? Si entonces alguien te hubiera propuesto el permanecer sin bañarte en todo el año, para librarte de la amenazante ansiedad, ¿no lo hubieses pronto aceptado y soportado? Y cuando conviene dar gracias a Dios, que todo lo ha solucionado sin daño alguno, ¿otra vez te diviertes y disputas con insultos, y porque ha pasado el miedo, de nuevo has retornado a mayor descuido? ¿Así te han tocado los males, que apeteces aún los baños? Aun cuando los baños estuvieran permitidos, ¿no era bastante la calamidad de los que mueren para persuadir también a aquellos que no se encontraban en estas miserias a que se olvidasen de todas las delicias? ¿Hay peligro de la vida, y tú te acuerdas de los baños y quieres entretenerte en placeres? ¿Desprecias a aquel de quien ahora has escapado? Cuida de no envolverte en merecerte una pena mayor, y de no atraerte otra vez las pasadas amenazas con peligro mayor, y vengas a padecer lo que dice Cristo de los demonios (y endemoniados). Dice: Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, y viniendo a la casa, la halla barrida y bien adornada, entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entra en el alma, y lo último viene a ser peor que lo primero (Lc. 11,23-26).

Temamos, pues, también nosotros, para que no suframos algo peor que lo pasado, porque liberados de esto nos demos a la pereza.

Ya sé que vosotros estáis libres de esta insensatez; pero refrenad a los descompuestos, corregidlos, castigadlos; para que viváis siempre alegres, como Pablo mandó, para que recibamos mucha recompensa, aquí de los propios merecimientos y del cuidado de los demás, y en la vida futura, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre y a la vez al Espíritu Santo se dé gloria, honor y adoración, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIX.

1. Festividad de los Mártires.—El Santo, por hallarse enfermo, no participó sino espiritualmente.—Se levantó para acudir a la solemnidad de los campesinos.—Excelencias de las costumbres campestres.—Ejercicios agrícolas.—Escuela de fe y de obras virtuosas.—Los rústicos, más sabios que los filósofos antiguos.—Admiremos el alma del labriego.

2. Antítesis de la filosofía gentil y de la cristiana.—Elogio y despedida de los huéspedes campesinos.—De los juramentos.—La hoz volante.—Castigo de Sodoma.

3. Daños de los juramentos.—Jerusalén fue abatida por un solo juramento.—Sedecías, perjuero.—Parábola del águila grande de Ezequiel.—Historia de la toma de Jerusalén y prisión y castigo de Sedecías.

4. Exhortación moral.—Lo que se debe pretender en la sinaxa es el corregir las costumbres.—Maravillosas artes de los charlatanes de circo.—El arte vence las dificultades.—Llega hasta el fin.—Palabras de Cristo sobre los juramentos.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.^a Pronunciada fue en una dominica, distinguida con el nombre de *SERVATAE* en latín. ¿Qué dominica es la llamada así? —*ALLACIO* dice que en Capadocia era conocida por tal la Ascensión del Señor y añade que era la dominica V después de Pascua (*Lib. de Dominicis et hebdomadibus Græcorum*). Sería la dominica que antecede a la Ascensión.— Mas para *SAVILIO* era la *dominica in Albis*, y para *TILLEMONT* la de Pasión.

2.^a La enfermedad no permitió a San Crisóstomo tomar parte material en las fiestas de los Mártires;

3.^a Pero acudió a la fiesta de los campesinos, a los que admira, alaba y presenta como maestros de costumbres sanas y alegres.

4.^a Eficazmente vuelve a exhortar que se evite la costumbre de los juramentos y que se arranque de raíz, no sólo en las personas, sino en las familias y en la ciudad.

5.^a La mejor fama de la ciudad será que por todo el orbe se diga con verdad: en Antioquía se ha desterrado la mala costumbre de jurar, en ella nadie se permite ni atreve a jurar.

* * *

1. En los pasados días habéis sido admitidos en los banquetes de los santos mártires; henchidos con la espiritual solemnidad os habéis visto abiertos los costados, cortadas las ingles, sangre que por todas

partes manaba, infinitas maneras de tormentos, habéis visto a la naturaleza humana haciendo cosas sobrehumanas, y las coronas con sangre tejidas, habéis ejecutado una hermosa danza, conducidos por esta honesta guía por todas las partes de la ciudad.

Mas Nos, aun sin quererlo, hemos tenido que permanecer en casa obligado por la enfermedad. No obstante, aunque no asistimos a la solemnidad, sí que participamos de la alegría; aunque no cogimos fruto del sermón, con vosotros sin embargo tuvimos alegría común. Pues tal es la fuerza de la caridad: hace que con los que disfrutan de alegría se alegren los que no la gozan, persuadiendo a estimar por comunes los bienes de los prójimos. Por esto, aun estando en casa, disfrutaba con vosotros, y aún no libre del morbo me levanté y he acudido, para ver vuestras caras para nos deseadas, y para tomar parte en la actual solemnidad.

Pues tengo por una solemnidad máxima el día de hoy, por causa de la presencia de nuestros hermanos, que nos han adornado la ciudad y han hermoseado la asamblea. Pueblo diverso de nosotros por la propia lengua, indudablemente, pero concorde en la fe con nosotros; pueblo que vive tranquilo, que lleva vida modesta y venerable. Puesto que entre estos hombres no hay espectáculos de iniquidad, ni carreras de caballos, ni heteras, ni el restante tumulto de la ciudad, sino que está eliminada toda suerte de lujuriosa diversión, sino que por todas partes florece mucha compostura. La razón de esto es porque tienen vida laboriosa y tienen el cultivo de la tierra por escuela de virtud y de modestia, manejando el arte que antes que todas las restantes puso Dios en nuestra vida. Porque Adán, antes del pecado, cuando gozaba de toda libertad, fue obligado a ejercitar alguna especie de agricultura, ciertamente no molesta, ni que fuera trabajosa, sino que le proporcionase un ejercicio de virtud. Porque *Púsole*, dice, *en el paraíso de delicias para que lo cultivase y guardase* (GÉN., 2,15).

Vieras a cualquiera de éstos unas veces unciendo los bueyes de arar, y arrastrando el arado y abriendo profundo surco y otras subir a un montón, sagrada cátedra, para cultivar las almas de los súbditos (enseñándoles); ahora segando con la hoz las espinas del campo, luego limpiando con su palabra los pecados de las almas. Que no se avergüenzan de los cultivos, como los moradores de nuestra ciudad, sino que se avergüenzan de la pereza, porque aprendieron que es ella la que ha enseñado toda maldad; y que desde el principio ha sido maestra para los que la quieren.

Estos son los que a nosotros parece que practican la mejor filosofía, no por el traje, sino porque dan pruebas de virtud por su propio parecer. Así, pues, los filósofos de los extraños en nada mejóranse, andando en teatros, comedias y diversiones, con la capa, la barba y la estola, sin que puedan mostrar nada más; mas al contrario, éstos habiéndose impuesto el dar un adiós a la capa, barba y báculo y a todo el restante aparato, han exornado su alma con las reglas de la verdadera filosofía, y no tan sólo con las reglas, sino con los mismos ejercicios.

Y si a uno cualquiera de los que se emplean en la agricultura, consumidos por el arado y el ligón, preguntas sobre los dogmas, de los que los filósofos extraños preguntando y buscando mil cosas, y haciendo muchos discursos, nada sin embargo pudieron decir; al momento te responderá muy sabiamente de todo. Y no sólo esto es admirable, sino que la fe de los dogmas la afirman por las obras. Pues que tenemos alma inmortal y que se ha de dar cuenta de todo lo que se hace y asistir a un tribunal tremendo, lo tienen en su ánimo persuadido y toda su vida la ordenaron a esta esperanza, y hechos superiores a toda pompa secular y enseñados por la divina Escritura, de que *Vanidad de vanidades y toda vanidad* (ECCLO. 1,2), a nada de cuanto parece ser esclarecido anhelan.

LOS RÚSTICOS MÁS SABIOS QUE LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS. Estos saben también filosofar de Dios las cosas que Dios ha mandado, y si, tomando uno de los filósofos extraños, lo pone en medio (y creo que ahora ni uno siquiera puede encontrarse) y de éstos, los nuestros tomas uno, y revolviendo los libros de los antiguos filósofos los lees, y lo que éstos dicen ahora lo comparas con lo que ellos entonces filosofaron, y discutes el problema, verás cuánta es la sabiduría de los nuestros, y cuánta la demencia de los extraños aquéllos. Porque dicen algunos de los mismos que no hay en las cosas ninguna providencia, que el mundo no ha sido creado por Dios, y que la virtud no se basta a sí misma, sino que hay necesidad del dinero y de la nobleza y de brillo inferior y muchas otras cosas más ridículas que éstas; éstos, empero, tanto de la providencia y de los juicios consiguientes, como de la creación por Dios, que produjo todas las cosas de la nada, y de todo lo demás filosofan, sin saber nada de la doctrina de los extraños; ¿quién no advertirá la eficacia del poder de Cristo, que ha demostrado que los no letrados e idiotas son más sabios que los que mucho se gloriaban de sabiduría, tanto cuanto es de ver que los hombres pru-

dentes aventajan a los parvulitos? Pues, ¿qué les puede ser dañoso por causa de la impericia del lenguaje, teniendo ellos las almas llenas de sabiduría? Y ¿qué provecho para los extraños de la belleza del lenguaje, teniendo el alma vacía de sentido? Es como si uno llevase una espada, que sí tiene de plata la empuñadura, pero el acero es más blanco que si fuera plomo, pues en éstos la lengua en verdad está adornada de palabras y de nombres, pero el alma está llena de flaqueza y les resulta del todo inútil; mas no así para estos nuestros filósofos, sino lo contrario enteramente, tienen el alma llena de mucha filosofía espiritual, y la vida acompaña a los dogmas. Entre éstos no hay mujeres de entretenimiento, ni lujo de vestidos, ni colores y afeites, sino que toda esta corrupción de costumbres está ojeada. De donde más fácilmente guían por la modestia al pueblo que les está sumiso, y observan con gran cuidado la ley de Pablo, que manda que, en teniendo vestidos y alimentos, nada busquemos más (1 TIM. 6,8). Entre éstos es desconocido el uso de ungüentos para atraer la mente, pero está la tierra que produce hierbas y les prepara con más arte que cualquier ungüentario varias esencias de flores. Y además disfrutaban de pura salud sus cuerpos con las almas, porque han expelido todas las delicias y ahuyentado los devastadores arroyos de la embriaguez, y tanto comen cuanto basta para vivir. Por tanto, no los despreciemos por razón del traje; antes bien admiremos el alma de ellos. Pues, ¿qué utilidad la del exterior vestido, cuando el alma está cubierta más miserablemente que cualquier mendigo? Al varón hay que alabar y admirar, no por los vestidos, ni aun por el mismo cuerpo, sino por el alma. Descubre el alma de éstos y verás su hermosura y riquezas por las palabras, por los dogmas y por toda la constitución de las costumbres.

2. Avergüéncense por lo tanto los gentiles, retírense, escóndanse, de sus filósofos y de toda su sapiencia, más miserable que cualquier estulticia. Porque entre ellos los filósofos durante el curso de la vida apenas pudieron enseñar a pocos y que con facilidad eran contados sus dogmas (y persuadirles a observar sus enseñanzas), y hasta perdieron éstos a cualquier peligro que amenazaba; mientras que los discípulos de Cristo, pescadores y publicanos, y constructores de tiendas, en pocos años convirtieron todo el mundo a la verdad, y aunque apareciendo peligros sin cuento, no sólo no fue sofocada la predicación, sino que florece, y se aumenta más y más, y enseñaron a filosofar a hombres rudos, a los labradores, a los que viven en las majadas.

Estos sobre todo lo demás, que también tienen la causa de todos los bienes, la caridad arraigada, hanse apresurado a venir a nosotros, haciendo tanto camino para llegar y abrazar a los propios miembros (los Hermanos).

NUEVAMENTE DE LOS JURAMENTOS. Ea, pues, dándoles viático por estos dones, digo por la caridad y el afecto, despedámoslos así, y otra vez tornemos al tema de los juramentos, para arrancar radicalmente de las almas de todos esta ímproba costumbre. Mas antes quiero conmemorar hoy unas cuantas cosas de las dichas anteriormente.

Porque luego que los Judíos fueron enviados de Persia y libres de aquella tiranía volvieron a su patria: *Vi (una hoz) un volumen que volaba, dice, es de veinte codos de largo y diez de ancho* (ZAC. 5, 1- 2), y oyeron al profeta que los enseñaba: *Esta es la maldición que se derrama sobre toda la superficie de la tierra, y caerá encima de la casa del que jura falsamente en mi Nombre, y se pondrá en medio de sus casas y las consumirá juntamente con sus maderos y piedras* (IB. 5,3-4). Y una vez que se leyeron estas cosas, preguntábamos por qué no sólo al que juró, sino hasta la casa del mismo deshizo, y decíamos que la causa era ésta, porque los castigos de pecados gravísimos quiere Dios que perduren continuamente, para que en adelante queden todos corregidos.

Ya pues que hay necesidad de sepultar al perjurio muerto y de entregarlo al seno de la tierra, para que con el cuerpo del mismo no quedase sepultada también la iniquidad, hace la casa un montón ruinoso, para que todos los transeúntes, viéndola y averiguando la causa de tal ruina, huyan de imitar el pecado.

Esto es lo que ha sucedido con Sodoma. Porque después que ardieron en deseos mutuos de sodomía, también la naturaleza del terreno fue abrasada con fuego bajado de lo alto (GÉN. 19), pues quería que el castigo de este pecado durase para siempre. Y nota la clemencia divina; no hizo que los mismos pecadores perpetuamente hasta el día de hoy ardan, sino que una vez abrasados los escondió; pero la sobrehaz del suelo abrasado púsola patente a todos cuantos quieran mirarla, y ahora con la más clara lengua amonesta a todas las generaciones de la tierra la sola vista, a la que sólo falta clamar y decir: No cometáis los pecados de los sodomitas, para que no sufráis los castigos de Sodoma. Porque no suele el discurso llegar tanto a la conciencia, cuanto la vista terrorífica y que conserva perpetuamente las huellas del castigo. Y lo atestiguan los que han visitado aquellos

sitios; los que al oír muchas veces las Escrituras que refieren estas cosas no temían mucho, luego que fueron, recorrieron la región y reconocieron toda la sobrehoz borrada y abrasada, y han mirado detenidamente el incendio y que la tierra no aparece en parte alguna, sino que todo son cenizas y pavesas, impresionados y sacando de aquella vista grande enseñanza para ser templados, así se retiraron de allí; pues la misma manera del castigo reproduce la manera del pecado. Porque como ellos inventaron una manera de unión infecunda que no sirve para la procreación de hijos, así efectivamente aplicó Dios la pena, que hizo totalmente estéril el vientre de la tierra y despojado de todos los frutos. Por esto también amenazó que destruiría las casas de los perjuros, para con los castigos de los unos hacer mejores a los otros.

3. DAÑOS DE LOS JURAMENTOS. Pero hoy os demuestro yo no una, ni dos, ni tres casas destruidas por los juramentos, sino toda una ciudad y un pueblo religioso y una nación acostumbrada a estar favorecida de mucha providencia, y una descendencia que se había librado de muchos peligros. Pues Jerusalén, ciudad de Dios, que tenía el arca santa, y todo aquel culto, donde hubo profetas, y la gracia del Espíritu, y el arca y el Tabernáculo del Testamento, y la urna de oro, y donde con frecuencia andaban ángeles: esta ciudad, cuando se movían innumerables guerras y acometida de muchos asaltos de los bárbaros, siempre se burló de todos ellos, como rodeada de un muro de diamante, y cuando quedó devastada toda la región, nada de importancia padeció. Y no es sólo esto lo admirable, porque a veces infiriendo buenas rotas a los enemigos, los alejó así: tanta providencia había alcanzado de Dios, que el mismo Dios decía: *Como uvas en desierto, con tanto gusto tomé yo a Israel; como los primeros frutos de las altas ramas de la higuera, así miré a sus padres* (Os. 9,10). Y otra vez de la ciudad misma: *Como cuando se halla un grano bueno en un racimo podrido, y se dice: No lo desperdiciéis* (Is. 65,8). Sin embargo, la ciudad cara a Dios, salida de tantos peligros, que había alcanzado perdón en muchos pecados, y única entre todas las otras que pudo escapar del cautiverio, una, dos y muchas veces, fue abatida por solo un juramento, y voy a decir cómo haya sucedido ello.

Hubo entre ellos un rey Sedecías; este Sedecías juró al rey de los bárbaros Nabucodonosor que perseveraría en alianza con él; después faltó, y huyó al rey de Egipto, despreciando los juramentos, y padeció todo cuanto al momento oiréis. Antes, empero, es necesario decir la